

HOMENAJE A DON JESÚS AGUIRRE

Por ROGELIO REYES CANO

Vamos a dar comienzo a una Sesión en la que la que esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras va a recordar y a rendir homenaje público a quien fuera durante más de quince años miembro de número de esta Corporación, el Excmo. Sr. Don Jesús Aguirre Ortiz de Zárate, Duque de Alba.

Con este acto la Academia cumple con una de sus más dolorosas obligaciones estatutarias, pero cumple sobre todo con un deber de reconocimiento a una persona que, como Jesús Aguirre, tanto ha significado en la vida cultural española de los últimos 40 años. Su sólida formación humanística y filosófica, su papel de traductor, introductor y difusor de las modernas corrientes del pensamiento europeo en la década de los 60 y 70; su interesante labor editorial en Taurus... acreditan una trayectoria intelectual de primer orden que dio, sin duda, prestigio a esta Academia de Buenas Letras y a las otras dos de carácter nacional – la de la Lengua y la de Bellas Artes de San Fernando- a las que también perteneció. Pero Jesús Aguirre fue, además, una persona que mantuvo con la ciudad y con el mundo cultural de Sevilla una relación muy estrecha y sostenida, especialmente durante su etapa de Comisario de la ciudad para la Exposición Universal de 1992. Relación que, más allá de estos cometidos institucionales, tuvo también un carácter personal y familiar, alimentado en sus frecuentes visitas y sus prolongadas estancias en el palacio sevillano

de las Dueñas, que le dieron la ocasión de conocer profundamente nuestra ciudad.

Como ya tuve ocasión de decir en el homenaje que le tributó no hace mucho la Fundación El Monte, el encuentro de Jesús Aguirre con Sevilla fue biográficamente tardío pero tuvo aires de sosegado descubrimiento, de serena experiencia de madurez y de refrescante receso en el curso de una "peregrinatio vitae" alimentada en nuestra ciudad por los ecos machadianos de su residencia de las Dueñas. Así lo dejó escrito en su discurso de ingreso en esta Academia:

Me inicié a la lectura- escribió- y a una expresión literaria adolescente en la humedad verde y el fuego subitáneo, catastrófico, de Santander, una ciudad norteña que del sur sólo al viento presta oídos. Más tarde, me entretuve con los "rigores" de la idea", ya filosófica, esto es, sentimental y descriptiva, ya teológica, y en mi caso razonada hasta el límite, en una Europa con larga abundante vocación de consonantes, diéresis y nieve. Llegaron luego los años madrileños, siempre de aprendizaje y nunca magistrales, en los que la crítica predominó, acertadamente, sobre la dialéctica. Sofoca ésta la libertad, mientras que aquélla la vincula a la historia propia, cuyas razones cordiales, que la razón sí entiende, dan cuenta de la secreta gimnasia de nuestros saltos cualitativos.

Uno de éstos, sin duda venturoso, me trajo a Andalucía. Los machadianos "rumor de fuente" y "huerto claro donde madura el limonero" componen el escenario íntimo de mi madurez sevillana, mi peregrinación alcanza en él reposo.

Esta madurez sevillana de Jesús Aguirre le trajo un día a nuestra Academia, experiencia que suscitó en él renovados entusiasmos por las señas históricas y culturales de nuestra ciudad, a las que dedicó un tiempo y un esfuerzo que sin duda merecen gratitud y reconocimiento. Con su talante receptivo y su interés intelectual por nuestro patrimonio artístico y literario, respondía muy bien al raro perfil de quien, habiendo nacido y vivido lejos de Sevilla, supo descubrir con agudeza sus claves más íntimas y ocultas. Y desde su probada erudición y su finura intelectual se afanó

en estudiarlas y engrandecerlas, prestando a la ciudad un innegable servicio que hoy recordamos agradecidos.

Por ello, y antes de conceder la palabra a los compañeros académicos que van a hablarnos con mucho más conocimiento que yo de su persona y de su obra, pues disfrutaron de su amistad, quiero, en nombre de la Academia, significar el vacío de su pérdida y expresar una vez más nuestro sentimiento de pesar a sus familiares y amigos, que son muchos en nuestra ciudad. Y de manera muy especial a su viuda, la Excma. Sra. Duquesa de Alba, que hoy nos honra con su presencia.

Jesús Aguirre fue elegido miembro de esta Academia el día 7 de mayo de 1982, en la plaza vacante por fallecimiento del canónigo Don Rufino Villalobos Bote, y leyó su discurso de ingreso en una fecha inequívocamente sevillana: el día de la Inmaculada del año 1985, en una Sesión Pública y Solemne en la que le contestó el también Académico de Número de esta Casa Don Rafael Manzano Martos. Fueron pues, casi veinte años los que estuvo vinculado primero como Electo y luego como Numerario a la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

De su paso por esta sede deseo recordar dos momentos de particular interés: el de su discurso de ingreso, dedicado a las relaciones entre los artistas sevillanos del Siglo de Oro y las estirpes nobiliarias integradas en la Casa de Alba, y el de su discurso de contestación al de ingreso del académico Don Alberto Díaz Tejera en mayo de 1987. En ambos Jesús Aguirre hizo gala de su gran erudición, garbo literario y agudeza mental, talentos que poseía en alto grado y que puso de relieve en aquellas dos ocasiones con su habitual brillantez. Cuando, pasados ya los años, uno vuelve de nuevo a leerlos, puede detectar también en ellos rasgos inequívocos de una sutileza, un dominio de la ironía y hasta de un inteligente gusto por la provocación intelectual que sin duda se contaban entre los perfiles más definidores de su manera de ser y que, de acuerdo o no con ellos, no dejaban a nadie indiferente. Ello parecía formar parte de un concepto del intelectual como polemista y agitador crítico de las conciencias, como un permanente disconforme que conocía muy bien el valor positivo de la disidencia como método hermenéutico.

Las cada vez más espaciadas visitas de Jesús Aguirre a nuestra Academia, por razones de salud, en los últimos tiempos, y su

reciente desaparición, nos han privado, por desgracia, de haber disfrutado en el pasado con más frecuencia, y de seguir disfrutando en el futuro, de tan valiosas cualidades. Pero su figura quedará en la memoria de esta Casa como testimonio de una atractiva personalidad intelectual que trajo a esta Academia rigor mental, finura de espíritu, un inteligente sentido de la ironía y un cosmopolitismo cultural que sin duda nos han enriquecido a todos cuantos formamos parte de ella. Queden, pues, recogidos para siempre todos estos méritos suyos como valioso patrimonio de esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras y como una importante referencia en la memoria cultural de Sevilla.